

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 19 Noviembre 1914.-Número 47.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 898
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Carta y respuesta

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Nacido y criado en la religión católica, única que mis padres me enseñaron, en ella creo con fe ciega, única cosa que puede llevarme á la felicidad eterna.

Practico el bien como me lo enseñaron, y por lo tanto sufro con el que sufre y ayudo al que no puede ó no quiere ayudarse, tal como usted, por el que pido clemencia todos los días en mis oraciones.

Si usted no hubiera sido engañado en su juventud por las falsas lecturas que torciéndole el camino lo llevan á la condenación eterna si no tiene (que creo lo tendrá) un momento de lucidez en sus postreros días para arrepentirse de sus pasados yerros, si usted no hubiera sido engañado, repito, sería con su clara inteligencia un hombre no tan solo útil á su patria sino al mundo entero, porque ¿quién me dice que usted, dedicado á las artes ó á las ciencias, no podría ser de utilidad mundial?

Todas las luces tienen su fin, y la luz del mal que ahora alumbrá su cerebro se apagará para dejar lugar á la luz de la verdad y la razón. ¡El cielo quiera sea pronto!

No es usted solo; desgraciadamente hay muchos más que, como usted, se complacen impulsados por el espíritu del mal, en vituperar, calumniar y ultrajar á Nuestra Santa Madre Iglesia, sin fijarse (tal es su cecación) en que esta Santa Madre es madre de todos ustedes, en cuyo

seno fueron redimidos del pecado original con las sacrosantas aguas del bautismo, porque usted mismo no podrá negar que está bautizado y que lleva por nombre el de aquel santo varón esposo de María, la divina mujer que dió al mundo el sér que lo redimió.

En lo que yo, pobre pecador, pueda, me pondré á su lado cual hace ya tiempo vengo haciendo, y mis oraciones, elevadas con todo fervor al Todopoderoso en súplica de clemencia para aquellos que van errados en su camino, creo han de serle útiles en el supremo día de rendir ante él sus cuentas.

No crea usted que esto se lo digo para hacer fuerza alguna en su voluntad en pro de la petición que voy á hacerle, no; que nunca fué mi ánimo obligar á nadie en nada ni por nada, pues tengo por costumbre (aparte de un sano consejo) dejar en libertad de acción á todo el mundo.

El favor que deseo de usted es que desearía tener su retrato con una dedicatoria para conservar así fotografía y autógrafo; yo pagaré por él lo que usted estipule siempre que esté al alcance de mi pobreza y para ello usted me indicará la forma de envío ó destino que debo dar á la cantidad.

Al leer esto seguramente se sorprenderá usted y dirá: «¿Cómo este hombre me pide un retrato, sabiendo como sabe que mis ideas son contrarias á las suyas? ¿Como se atreve á tenerlo en su casa? ¿No temerá la ira del Cielo? ¿No comprenderá que al saber tal cosa los neos, los retrógrados etcétera, (como usted los llama) lo tomarán por sospechoso?»

No, señor Don José, no; no puede ocurrir nada de eso; y es más: si logro mi deseo pienso ponerlo en uno de los lugares preferentes de mi habitación sin miedo á nada.

Tengo en ella la estampa ó retrato (como se quiera llamar) de mi santo, que fué un gran hereje, y sin embargo tuvo tiempo de arrepentirse y acogerse á la misericordia divina. ¿No podría ocurrir con usted lo propio?

Además, aunque así no fuera, en el supuesto que llegara su tenacidad (que lo dudo) á no arrepentirse y morir condenado pasando á formar parte de la corte del ángel del mal, tengo también en mi casa una estampa de San Miguel, y bajo sus plantas está Luzbel, el ángel malo.

¿Qué de extraño tendría que, mu-

riendo usted condenado, tuviese yo el retrato en mi casa puesto que tengo el de Luzbel? Creo que no tendría nada de particular, pues al lado del de un general, cabe el de un soldado.

Razones son estas que, poniéndome fuera de cuidado, me animan á hacer á usted la petición en la que no dudo ser atendido, razón por la que (además de pagarlo) le anticipa las gracias s. s. y hermano,

AGUSTÍN DE BURGOS

Jubia 8-XI-14.

No conozco á quien me escribe esa carta, que publico con este solo objeto: distraer un rato á mis lectores. Van unos cuantos números muy fúnebres con esto de la guerra. Obuses, bombas, submarinos, zeppelines, trincheras llenas de cadáveres, millares de heridos... El vocabulario de hoy es tan macabro como poco variado. Sonríamonos un poco alguna vez.

Desde luego declaro que pareceme el autor un guasón de primera; pero como me conviene aparentar que creo que es católico para contestar á lo que me dice, allá va la

Respuesta

Sr. D. Agustín Burgos

Muy señor mío: Nacido y criado yo también en la religión católica, me mojaron el ocapucio sin consultarme, renunciando por boca de mi padrino á Satanás y ofreciendo no sé qué cosas. De todo esto me he enterado luego; en aquel instante, se lo juro á usted por el calcetín en que el ama del cura guarda las peras de los responsos, no me di cuenta de nada.

A los dos ó tres años me enseñaron el bendito, el padrenuestro, el credo y la salve, que recitaba como un loro, sin entender lo que decía.

Supongo que más tarde me confirmarian; pero, si he de serle á usted franco, no lo sé. Fui siempre poco dado á ocuparme de pequeñeces.

A los siete ú ocho años ayudaba á misa algunos domingos: el maestro de escuela nos llevaba á todos los chicos formados á la iglesia, y solía elegirme para levantar la casulla al oficiante, por ser uno de los más listillos. Confieso á usted que no entendía tampoco una palabra de aquello.

Por la misma época comulgué dos

ó tres veces, quedándome también en ayunas de lo que significaba el acto aquel, tan ponderado, como enigmático para mí.

Recuerdo que, aunque no tantas como ahora, circulaban ya por aquel tiempo recetas piadosas para ganar la bienaventuranza eterna. Llegó á mis manos una en que se aseguraba que, rezando todas las noches al acostarse siete padrenuestros y siete avemarías durante no sé cuántos años, se colaba uno de rondón en el cielo.

Los recé la primera noche sin suprimir punto ni coma, y creo que la segunda; la tercera comencé á triabucarme y no estuve seguro de haberlos recitado todos; la cuarta rebajé la mitad lo menos; la quinta no acabé el primer padrenuestro, pues me dormí como un leño al medio minuto de caer en la cama, y quedé convencido de que Dios no me llamaba por aquel camino. Y ni Cristo pasó de la cruz ni yo de la quinta noche.

No me ocurrió lo mismo cuando, al cumplir los ocho años, cayó en mis manos *El Judío Errante*. Pasábame «los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio» leyéndolo. Dice usted bien al decir que las malas lecturas me han perdido; pero no fué ¡ay! en mi juventud; ¡horrorícese usted! fué antes: ¡en mi niñez!

El que ha de ser desgraciado desde chiquitito empieza.

La lectura de aquel libro decidió de mi destino en esta vida y en la otra. En él gusté por vez primera el agri dulce fruto de la duda.

Y desde entonces acá he leído todo libro que ha caído en mis manos ¡hasta la Biblia!, libro inspirado por Dios, y en el que hay tantos combates, tanta destrucción de ciudades, tantas traiciones y tantas felonías como en la actual guerra europea.

Tiene usted, pues, razón, tocayo del obispo de Hipona; las malas lecturas me han perdido. Desde la duda ascendí á la incredulidad, y de éste al ateísmo; y ha profundido tanto en mi espíritu, que no lo desarraigarian todos los católicos del mundo rezando por mi conversión día y noche durante diez mil millones de siglos.

Por lo tanto, evítese usted la molestia de rezar diariamente por mí. El momento de lucidez que usted espera y desea, tengo la seguridad de que no llegará. Me conozco bien. Esto no quita para quedarle obligado por su buena intención: pero, gracias; no fumo.

Lo de que Nuestra Santa Madre Iglesia es madre de todos, no sé para qué me lo cuenta á mí. Cuénteselo á los católicos de Austria, que se unen á los protestantes de Alema-

nia y á los mahometanos de Turquía, para reventar á los católicos de Bélgica, de Francia, de Inglaterra y de Rusia, puesto que en todas esas naciones tiene partidarios el catolicismo. Y á ver si consigue usted lo que no ha conseguido el Papa: que esos hermanos dejen de romperse el alma, aunque sólo sea por no dar disgustos á su Santa Madre.

Con esta fecha (lunes 16), envío á usted mi retrato con la siguiente dicatoria:

A Agustín Burgos,
catequizador desgraciado,
José Nakens

gratis, por supuesto. Pero si usted no quiere deberme nada, eche usted cinco céntimos en el cepillo de las ánimas, para que se confirme una vez más lo que tantas he dicho: que no hay acto humano de que no saquen algún provecho los ministros de la religión, cualquiera que ella sea.

Después de esto, sólo se me ocurre añadir:

Puede usted ir pensando ya en el santo á cuyos pies va á ponerme, como tiene al Diablo bajo San Miguel, en cuanto se entere de que he muerto impenitente. Un sólo favor me atrevo á pedirle: que no sea San Anton; no por él, sino por su compañero: he lidiado tanto con clericales, que me repugna la especie.

¡Ah! Ni San Francisco de Asís, ni San Benito Labre: me llenarian de piojos estando sobre mí, y no podría dormir tranquilamente el sueño eterno. Cualquiera de los demás me es indiferente: igual me da San Cucufate que San Caralampio.

Y no insisto en este punto, porque creo, mi señor don Agustín, que estará ya convencido de que ni me preocuparon ayer, ni me preocupan hoy, ni me preocuparán mañana las cosas de tejas arriba. Sin embargo, no le aconsejo á usted ni á nadie que me imite.

Hay que apartar de vez en cuando la mirada del suelo y dirigirla á las alturas; hay que investigar lo que hay tras las nubes; hay que pensar que somos mortales, y que los aeroplanos y los zeppelines largan cada bomba..

¡Sí, sí! Miremos á menudo al cielo.

JOSÉ NAKENS

El preñado alemán

Ahora lo sabemos: ahora que ha venido el parto estrepitoso.

Creíamos antes que la frondosidad alemana á quien rindieron tributo los que acertaron á mirarla, era robustez de un organismo vigoroso, exuberancia de un cuerpo rebosante de salud, lograda con la castidad

de sus virtudes morales, privadas y públicas. ¡Quién lo dijera que aquella ampulosidad de la cándida y recatada doncella era un mísero preñado secreto!...

Ahora lo sabemos. La Alemania pública, la apostólica de la cultura, la adelantada de la Ciencia, la Catona de la santidad en la tierra, la garrida matrona y casta dueña, estaba preñada.

Llevaba en su seno los formidables monstruos del Mortero 42 y de las bombas del Zeppelin, que de cuando en cuando agitaban con raros movimientos el gesto de la dama, haciéndola rara en sus antojos y veleidosa en su conversación.

Era terrible la agitación de Alemania. Donde quiera que asomaran gérmenes de guerra, allí estaba ella más guerrera que nadie, imponiendo su antojo en nombre de la paz.

Seguramente, los monstruos se cansaban de estar encerrados en el claustro que los contenía. Vivían, se desarrollaban, sorbían sangre y expelían gases y humores que reabsorbía la preñada y extendían por todo el organismo el estado de preñez.

Todo alemán participaba más ó menos de esta tensión orgánica. Seis años llevaba de concepción el Mortero: otros tantos llevaba el Zeppelin agitando sus alas.

Y ¡sí! antes de estallar en los campos de Bélgica y de Francia, habían saturado de sus gases mortíferos á sus nacionales, cada uno de los cuales se sentía Zeppelin y Mortero 42.

No se dirá que este fué el parto de los montes. La ridiculez no puede buscarse en la inmensidad del estrago. En todo caso habrá de buscarse en el efecto contraproducente que traiga sobre la madre.

De su nacimiento quizás diga con el tiempo el divino imperio, lo que Dios con ser Dios dijo de su artefacto humano: «arrepíentome de haber creado al hombre.»

Porque, sin duda, sin este Mortero y sin el Zeppelin, no habría habido guerra, ni habrían caído sobre Alemania las plagas que están cubriendo el cielo de su porvenir, ya sea que la derrota la sumerja en eterna noche, ya sea que la victoria alumbré con los rayos de la aurora el campo del dolor y del sacrificio.

Como la hembra pare aún contra su voluntad cuando ha llegado á sazón el preñado y por sola fuerza del engendro; así ha parido Alemania en este parto.

Sin duda el engendro era terrible. No se dirá que fuese embarazo ilusorio ni caso de hidropesía.

Pero la realidad de la fuerza gigantesca de esos monstruos en gestación, pudo muy bien desarrollar durante el embarazo ilusiones las

más raras, fantasías las más utópicas, locuras las más singulares.

Los gases emitidos, llámanse ordinariamente pangermanismo, militarismo y cesarismo.

El mundo para Alemania: Alemania para la milicia: la milicia para el Kaiser y el Kaiser... para Dios, según dicen nuestros germanófilos, ó sobre Dios, según interpretan sus contrarios.

Aunque con grandes vueltas y revueltas, este parto que quería ocultarse ha venido á luz pública. Si sería en Servia, ó en Marruecos; si en la Bosnia ó en Egipto... ¡cuántos escondrijos se estuvo buscando en estos últimos tiempos de colmo!.

Por fin, los libros colorados de las Potencias, nos han historiado el misterio.

Nació por el militarismo, cuyo conflicto se propuso entre la milicia y el pueblo, entre el espíritu tiránico y el espíritu democrático.

Después de los manifiestos publicados por los sabios alemanes en nombre de la mentalidad filosófica del bando austro-turco-alemán, no cabe dudar de esta significación particular de la guerra. El orden político por ellos inspirado, es la implantación en Europa, primero, y en el resto del mundo después, del cesarismo alemán, del cual serían satélites y potestades angélicas los demás Estados bajo la tutela de la Divinidad Trina y una, del Kaiser, del Emperador y del Sultán, éste en funciones de Paraclete, el Kaiser con personalidad radical y sustancial, y el austriaco en funciones anfibias de Verbo transustanciable.

Nervio-motor de ese orden mundial-orgánico, el militarismo á la moda alemana: alemanes los jefes y alemana la instrucción y la milicia toda, movida por la voluntad del César, resurrección del antiguo «Summus Pontifex Maximus Imperator.»

Este sistema ensalzado por los filósofos como ideal supremo de la justicia pública, cantado por los artistas como ideal del bien y de la belleza, sentido por las masas como esencia del espíritu nacional, profesado por los políticos como dogma constituyente y que sirve á la diplomacia de norma inspiradora de sus trabajos: este sistema es el que se ha revelado en esta contienda.

Tal fué el sueño que abrigaron antes los tiranos de todas layas y cuyo funcionamiento planteó la Compañía de Jesús en su *monarquía universal*.

Dicho se está que tal concepto de la vida de las naciones, que aspira á imponerles á todas una esclavitud tan disimulada como efectiva, no puede ser admitido sino por el espíritu esclavo.

El concepto egolátrico que de sí propio tiene ese espíritu germánico, hase revelado en los procedimientos de guerra adoptados en frente de las costumbres y leyes internacionales. Su conveniencia es su voluntad y su voluntad es su única ley. El hecho alemán fuente del Derecho; el hecho, modificable solo por el cambio de su fuerza. Es decir, la omnipotencia que no admite obstáculo: el dogmatizar que no consiente réplica: el pragmatismo universal, y, en último resultado, el *nominor leo*.

Así ha tratado Austria á Servia en los empujones hacia la guerra, imponiéndole como condición para evitarla la abdicación de la soberanía, la transgresión de las leyes pactadas por el Rey con su pueblo y la sumisión á una intervención austriaca que jamás Austria consideraría compatible con la independencia del Estado soberano. Alemania que no quiso ver la violación de esta soberanía servia, quiso ver en cambio, un acto de violación de Austria en la actitud de Rusia de oponerse á aquella primera violación: y porque Rusia manifestó propósito firme en la actitud tomada, Alemania creyóse autorizada por sus pactos con Austria á faltar á sus pactos con Bélgica y con Francia y con la asamblea de las naciones. El *nominor leo*, sin más; la creencia de la invencibilidad por razón de su fuerza, del espionaje de la fuerza contraria, de la imprevisión de los adversarios, de la preparación suya, de sus secretas máquinas de destrucción, de sus planes secretos de invasión, en fin, la seguridad que la Alemania pública tenía en esa Alemania secreta, cuyo zarpazo había de producir el desmoronamiento de cuanto le ofreciese resistencia.

La quinta esencia de ese sistema, es decir, el cesarismo, descubrióse palpablemente en el pretexto aducido como causa inicial del conflicto: á saber, el regicidio de Sarajevo.

Difícilmente se hallará en la Historia política del mundo una teoría antropolátrica tan radical y exagerada. Según esta, el atentado contra ese príncipe autoriza al Estado á condenar á muerte á todo el pueblo y nación que no supieron impedirlo.

Ni pudo llegar á más la idolatría de la casta soberana, ni pudo bajar á menos el precio de la vida del resto de los mortales.

Porque unos vasallos servios resultasen complicados en el regicidio al decir de Austria, todo el pueblo servio resulta sometido al Imperio y á su justicia, cuya muestra no es ciertamente muy tranquilizadora. Para que Austria pudiese ir extendiendo su dominio por el mundo, bastaría á una diplomacia negra fraguar un atentado en el país condenado á caer en las iras imperiales,

Alemania sancionó plenamente este derecho nuevo y arbitrario.

Inútilmente Servia se allanó desde luego al fallo que darían las Potencias desinteresadas: inútilmente Inglaterra, Francia, Italia y Rusia, representativas de una porción no despreciable de la humanidad, advirtieron lo anárquico y disolvente de la nueva teoría.

Tomándose la justicia por su mano, y antes de llevar á término las diligencias judiciales, Austria se lanzó contra Servia, Alemania se hizo paladín de Austria y estalló la hecatombe, cuyos culpables no hallarán en la vida real ni en los infiernos fantásticos, castigo proporcionado á su culpa.

Humanidad, Derecho y Protocolos, todo ha sido impotente para contener la agresión inaudita del cesarismo á todo lo existente.

Parió ya el monte: no ha sido ratón, sino monstruo. El monstruo está fuera de toda ley ordinaria. Por esto lo primero que suele hacer, es matar la madre que lo concibió.

«Fatal es para un pueblo el preñado de una religión» decía Renan. No es menos fatal el preñado de un monstruo destructor desconocido.

Alemania tuvo ambos preñados. Fió su suerte á Dios, al Mortero y al Zeppelin y se lanzó á la guerra y salió...

No podemos profetizar. Pero á ver si el águila imperial se trueca en el gallo de Morón...

P. O.

COMO SE PIDE

Sr. Director de EL MOTIN

Distinguido compañero: Divergencias políticas, agudizadas en estos últimos tiempos con la actitud del Sr. Lerroux acerca de la neutralidad de España en el conflicto internacional, nos mueven á separarnos de su política dimitiendo los cargos de director y redactor jefe de *El Radical* respectivamente.

Esperamos de usted, distinguido compañero, el favor de dar publicidad á esta carta y le envían con ella el testimonio de su mayor consideración sus affs. s. s. q. i. b. s. m.

J. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA.—

GORDÓN ORDAS.

15 Noviembre.

Cartujos en la guerra

Sé de buena tinta, que once frailes cartujos franceses residentes en las cartujas españolas de Burgos, Zaragoza, y Tiana han marchado á la guerra, locos de contentos. El caso merece algunos comentarios.

La orden cartujana fundada por

San Bruno es una de las más austeras de la Iglesia, sin exceptuar á la Trapa. El cartujo hace profesión de silencio perpetuo que sólo se quebranta los jueves en el paseo, ó en alguna fiesta nacional. Su clausura es rigurosa; pasa todo el día en su celda, fuera de las horas de coro y culto; en ella come, á excepción de los domingos que acude al refectorio; no come carne jamás, ni aún en caso de enfermedad; hace voto especial de estabilidad en la Orden; es enterrado dentro del mismo monasterio, y está en absoluto apartado de todo ministerio sacerdotal que tenga relación ó contacto con el público. De todas las órdenes religiosas pueden pasar los individuos que las componen á la Cartuja, porque se la considera la más austera, la más recogida, la más mortificada, y la más apartada del mundo. No reciben ni leen periódicos, no saben lo que pasa afuera, y su regla les obliga con todo rigor á no mezclarse para nada en los asuntos y tráficcos de la tierra.

Expulsados los cartujos de Francia se refugiaron la mayoría en España, y trasladaron á Tarragona la próspera y pingüe industria de su afamado licor. Desterrados á fortiori de su patria, clavados á su orden y monasterio con sus votos solemnes, los cartujos ni podían ni debían haber marchado á la guerra. Sin embargo los cartujos franceses se presentaron á sus priores, y haciéndoles presente su calidad de ciudadanos franceses y su edad reglamentaria manifestaron su deseo de marchar á la guerra. ¿Cometieron una apostasía de hábito y estado al abandonar su monasterio? Diluciden el punto los teólogos y moralistas; á nosotros nos parece que sí, pues el cartujo no puede por nada ni por nadie, si es profeso de votos solemnes, abandonar su hábito y estado.

¿Es el sentimiento patriótico superior al deber religioso del fraile cartujo? No, y de ello han dado pruebas bien públicas estos frailes. La República francesa no los expulsó de su seno por ser cartujos, sino por no querer someterse á las leyes sobre las asociaciones que formuló. ¿Tenían los cartujos obligación á cumplir las leyes civiles de su país? Sí. Sin embargo prefirieron expatriarse á cumplirlas. Se nos dirá: «En aquel caso estaban exentos de sus deberes de ciudadanía, porque en aquellas leyes había algo en pugna con sus deberes particulares como cartujos: no les obligaba el patriotismo á tal cumplimiento.»

Muy bien: también la llamada á las armas hecha á los ciudadanos franceses está en oposición con los deberes más sagrados y severos de los cartujos. ¿Por qué cumplen esta ley y no cumplieron la otra? Porque

en esta se da al traste con todo lo que constituye la esencia y el carácter de fraile cartujo, profesión la más adversa al ejercicio de las armas.

Por tanto deducimos de aquí que la escapatoria del convento al tumulto del campamento y de la trinchera no es ni representa otra cosa que hastío de la vida contemplativa, deseos de jarana, ruido y movimiento, y el afán de hallar un pretexto plausible para dejar el claustro, al cual estamos seguros que no volverán ya más los cartujos que se han marchado á la guerra á matar á su prójimo.

FRAY GERUNDIO

DIOS

«Dios no quiso inclinarme la balanza», dice el vencido, que vencer quería.
«Dios el lauro me da que merecía», repite, en cambio, quien el triunfo alcanza.
«Mi causa es la de Dios, y El va en mi lanza», dice el que al mundo dominar ansia...
Siempre el nombre de Dios, ¡blasfemia impía! invoca quien se entrega á la matanza.
Piensan que el Hacedor les presta oídos porque á El vuelven los ojos angustiados al sonar del cañón los estampidos;
y al mirarlos do sangre salpicados,
Dios dice á vencedores y á vencidos:
«¿Me juzgáis vuestro cómplice, malvados?»

JUAN A. CAVESTANY

CHÁCHARA

Lo he leído con verdadero deleite: «Somos germanófilos; porque somos católicos y españoles.»

¡Albricias, Madriles de mi vida! ¡Ya no hace falta canalizar el Manzanares!

Nuestro «aprendiz de río» ha adquirido de un solo golpe la anchura y hermosura del Bósforo, con su Cuerno de Oro en la Bombilla y sus Aguas Dulces en la orilla de enfrente.

Y todo por obra y gracia de una sencillísima conjunción causal.

«Somos germanófilos; porque somos católicos y españoles.»

Exactamente lo mismo dicen otros en Constantinopla:

«Somos germanófilos; porque somos turcos y mahometanos.»

Vea usted por dónde, y cuán maravillosamente, el Manzanares adquiere las magníficas proporciones del Bósforo... á menos que sea el Bósforo quien quede reducido á la exigua condición de Manzanares.

Por algo se ha dicho que la guerra actual venía á hacer una completa revolución en la geografía.

Y vea usted también de qué prodigiosa suerte, merced á la acción guerrera de los germanos, el Corán se confunde amorosamente con el «Syllabus»; un vejistorio neo de Ma-

cid resulta ser tan «joven turco» como Enver bey, y un ulema de Estambul tan español como Mosén Pacho y el monaguillo de las Salesas.

No á San Antonio de Padua, sino al emperador Guillermo, hay que aplicar los gozos aquellos que empiezan: «Si quieres milagros, mira...»

Muy á menos ha venido la lógica en la patria de Hegel y de Kant, digan lo que gusten los noventa y tres firmantes del célebre alegato científico-guerrero en pro del novísimo *kulturkampf*; y algo necesitados están de alianzas los austroalemanes para contrarrestar victoriosamente la que se les ha venido encima.

Sospecho, sin embargo, que aun habrá tudescos de buen juicio á quienes no ha de hacer mucha gracia la peregrina coincidencia que ha surgido á su favor; y sospecho asimismo que todavía habrá en aquellas Universidades, á falta de estudiantes á estas horas, algún *herr professor* de Lógica á quien honradamente se le atragante, por absurda, la conjunción causal con que se justifican los germanófilos turcos y españoles, que tan sorprendentes derivaciones dan á su patriotismo y á su fe.

Algunos excelentes hispanófilos hay en Alemania—claro es que sólo en lo tocante á las artes y á las letras;—pero supongamos que cualquiera de ellos saliera diciendo:

—Yo soy hispanófilo; porque soy wurtemburgués y luterano.

¿Qué harían con él sus compatriotas?

Los de buena pasta, reirse; los de mal temple, ponerle como un reverendísimo *lumpen*, según diz que dicen ellos; la familia, alarmarse, y el médico de la familia, ponerle en observación, previo un par de duchas en el espinazo.

En Madrid hay algunos buenos alemanes, que también son muy buenas personas, aunque se resistan á creerlo los francófilos y anglófilos á ultranza; y tan españolizados si quiera sea solamente en la superficie—que prefieren el buen vino de Jerez ó de la Rioja á la cerveza de München, y con más gusto van á ver en la Plaza de Toros á Belmonte ó á los Gallos que á oír el *Gottterdammerung* en el Teatro Real.

Pero á ninguno de ellos, ni aun en broma, se le ocurre decir:

—Me gustar el «Tres Cortados», el toreo, el guitarrico, y también las procesiones de la Semana Santa en Sevilla; porque soy sajón, protestante, y á un ascendiente mío en línea recta lo mataron los españoles en la batalla de Muhlberg.

Nuestros germanófilos tienen absoluto derecho para decir, cada cual según el son y el compás que más les agraden:

—Lo soy; porque me cargan se-

beranamente los franceses, los ingleses, los rusos, los serbios, los japoneses, etc.

—Lo soy; porque admiro sobre todas las cosas, el poderío y organización militar del imperio germánico.

—Lo soy; porque adoro el sacrosanto principio de autoridad, llevado á todos los extremos de la fuerza bruta.

—Lo soy; porque cualquier mediano discípulo de Schelling ó de Krause me parece inmensamente superior á Sócrates y Platón, Séneca y Averroes, Descartes y Pascal, Bacon y Heriberto Spencer.

—Lo soy; porque la salchicha de Hamburgo (aunque está hecha en el Puente de Vallecas) me gusta más que el salchichón de Lyon y el chorizo de Candelario.

—Lo soy; porque mi novia se llama Germana.

—Lo soy; porque ¡me da la gana!

Contra esa retahíla de conjunciones causales nada hay que oponer, como no se tenga mucha gana de sandía y estériles disputas; pero decir que uno «es germanófilo, porque es católico español» (aparte de la graciosa y milagrosa coincidencia con el que también es germanófilo por ser musulmán y turco) no se puede ni se debe afirmar en serio, sin agravio manifiesto á Nuestra Madre España, que está muy por encima de todas las *filias* extranjeras, y sin evidente menosprecio de lo que ha prescrito á los fieles Su Santidad Benedicto XV.

Cristo con todos, Mahoma con los neos, que es cosa de mucha novedad, y España con lo suyo, aunque esté de mala vista.

MARIANO DE CAVIA

Porvenir asegurado

Para aclarar las dudas expuestas respecto á las condiciones exigidas para ganar la indulgencia plenaria «in artículo mortis» concedida á los crucifijos bendecidos al efecto, dice una revista católica:

«Todos los fieles que «in artículo mortis» besaren piadosamente uno de esos crucifijos, aun cuando no sea de su propiedad, ó que le tocasen de cualquier manera, con tal de que hayan confesado y comulgado, y si no les ha sido posible, que sientan por lo menos la contrición de sus pecados, é invoquen con los labios, si no pueden con el corazón, el nombre de Jesús, y que acepten con paciencia, y en pago de sus culpas, la muerte que ven cercana, ganarán la indulgencia plenaria en cuestión.»

¡Qué peso se me ha quitado de encima!

Al pensar que por efecto de la guerra podía acabar de enseñorearse el hambre de toda España, me preguntaba angustiado:

¿Qué va á ser de nosotros? ¿Llegará á faltarnos el pan?

Al leer esa noticia me he tranquilizado completamente. Pudiendo proveernos de indulgencias con tanta facilidad ¿á quien puede espantar la muerte? El alimento del alma es el que debemos procurar, no el de la vil y despreciable materia.

Por consiguiente, amados lectores, á proveeros de indulgencias. Los duelos, con indulgencias son menos.

Hay que germanizarse...

Hace unos días que está allanando mi morada, introduciéndose por debajo de la puerta, uno de esos papeles corruptores de la inteligencia de los niños con sus embustes doctrinales; y pervertidores de la mujer con su morel católica, enemiga de la familia, difamadora del matrimonio y disolvente de la paz doméstica.

El Debate se intitula ese ratero, el cual pondría el grito en el cielo si EL MOTIN se permitiese igual libertad en los noviciados de monjas y en los colegios de congregantes.

Afortunadamente el periódico está confeccionado de modo tal, que en vez de invitar á la lectura se atrae la antipatía.

Esto demuestra que aunque se dice ser cosa de los jesuitas y del obispado, éste y aquéllos toman *El Debate* con el desdén propio de gentes convencidas de no ser ya la prensa el conducto apropiado de las ideas clericales, siendo más eficaces y positivos otros medios más secretos, menos expuestos á la rechifla pública y más reproductivos para las arcas sagradas.

El Debate, tomado como cabo del periodismo clerical, se presta á estudios curiosos.

No se alarme el lector. También el cáncer es objeto de la preocupación de muchos sabios. Las cuestiones más trascendentales de la biología pueden estudiarse por igual en el escarabajo que en el faisán.

Quedamos, pues, en lo dicho.

Es diario católico. Pero hete aquí, lector, que este diario católico-jesuita-episcopal trae al público en la última plana una enseñanza muy útil y muy ingénua. Allí están los anuncios de funciones religiosas en *pendant* con los espectáculos teatrales, impresos con los mismos tipos de letra. Lo cual significa que se trata de cosas semejantes, del mismo orden y género; ó sea dramas, comedias, sainetes, tragedias y películas. En lo cual está de perfecto acuerdo con EL MOTIN.

En lo demás, llama la atención la germanolatría del diario. No parece sino que el kaiser haya pasado á ser el Papa de nuestros clericales.

En sus noticias aparecen rebuscadas todas las contrarias á los aliados; todas las favorables á la vanidad alemana; sirve la famosa y misteriosa información del Consulado alemán de Barcelona, cuya procedencia no puede ó no quiere averiguar el gobierno español; colma de ditirambos al propio Sultán de Turquía por sólo haberse aliado con Alemania; y, en una palabra, pone al servicio de su religión germana, el mismo tesón, obcecación y fanatismo que antaño tuviese por el Papa Romano.

Así es como está germanizando á su clientela clerical, en la cual tienen no pequeña representación las mujeres, que cuentan ya con su Judit en la persona de María Echarri.

Por cierto que dá lastima la pobrecita Marucha. En sus escritos se ve un miedo formidable de soltar alguna herejía contra los enrevesados escolasticismos católicos, que la infeliz «doctora» no debe acertar á descifrar, si es que acierta á tener algún catálogo completo de dogmas y de errores canónicos.

¡Cuánta envidia debe sentir María Echarri al ver la soltura conque expresan sus ideas otras escritoras, el garbo de su estilo, ¡ay!, y ella, forzada á vestir en el periodismo la toca y el cordón clerical, á guardar la modestia bajo las órdenes del confesor, y á escribir de religión para un público de frailes tunantes y de curiambros guasones, que en la misa le están repitiendo la epístola de San Pablo: «las mujeres en la Iglesia, chitón...»

Y si su nombre llega hasta el Padre Santo, y éste pide informes al Nuncio de Madrid, harto será que el Nuncio no llame á María Echarri, lo que llamó á la deliciosa Teresa de Jesús el Nuncio de su tiempo: «hembra andariaga y letrada», siendo á la sazón peor mote el de letrada que el de andariaga.

Pues, hasta la María Echarri se siente ya germanizada. En sus oraciones y comuniones debe pedir á Dios el triunfo de los hulanos.

Esta consecuencia fatal va á tener para los mozos marianos y requeteros esta campaña, á saber, que las muchachas devotas van á enamorarse perdidamente de los alemanes, y á presencia de uno de ellos, no habrá corazón de beata que no arda, ni pecho de galán consorte que no tirité.

Ya no hallan en Alemania la peste del luteranismo. Ya no se acuerdan del Kulturkampf. Ya no ven en las leyes y costumbres de allá la mano de Lutero. No ven siquiera que si en España se implantara la legislación político-religiosa de Ale-

mania, los obispos estarían muy achartaditos, los jesuitas en la frontera, los frailes quedarían desenfrailados y el presupuesto descargado de los 50 milloneros que ahora la Iglesia nos saca de las entrañas.

Y pues no hemos de ser más papistas que el Papa, aunque en lo de más me sienta poco adicto á la causa germana, en la cuestión clerical me voy con los clericales y grito: ¡viva la política religiosa alemana! ¡A alemanizar á los católicos españoles y aun al Papa! A atarles cortos á todos ellos y á ajustar las cuentas al propio Vaticano, cuando con sus encíclicas y bulas venga á turbar la paz española y á ofender los sentimientos antipapistas, según el Kaiser hizo con Pío X en la cuestión de San Carlos Borromeo!...

¡Viva la Alemania anticlerical, antijesuita y antipapista!...

Demos por el moral á nuestros clericales de *El Debate*.

¿No es esto, sñorita de Echarri?

R. MAYOL

MILAGRO

El Siglo Futuro traduce este párrafo de una carta escrita por un herido francés:

«El 5 de Septiembre, hallándome en la línea de fuego, cerca de Lunville, fui herido y conducido al hospital de dicha población. Mi herida, según los médicos y las damas de la Cruz Roja, que me llaman el «miraculado» (miraculé), es de las más interesantes que hayan visto. La bala penetró por la parte anterior del cuello y, rozando algunos nervios del brazo izquierdo, salió por debajo del hombro, sin tocar ni la garganta, ni el pulmón, ni ninguno de los órganos indispensables para la vida. La cadena de la medalla de la Santísima Virgen, que llevaba colgada del cuello, fué rota por la bala, que por eso se desvió, sin penetrar en la garganta, siguiendo la extraña y providencial trayectoria descrita. No dudo que como yo atribuirás á la Virgen María que la herida no haya sido mortal. Gracias le doy del fondo del alma por haberme librado de una muerte segura.»

No tengo inconveniente ninguno en aceptar ese milagro, si se me explica por qué la Virgen no hizo lo que con ese zopenco, con los demás soldados que llevarán su medalla; y por qué, puesto que interviene en los asuntos de la Guerra, no evitó la destrucción de la catedral de Reims y de tantas iglesias como han reducido á polvo los alemanes, con Cristos, Virgenes y Santos.

Venga la explicación, y si me convence, cantaré la gallina, y entraré en un periódico clerical á difundir paparruchas.

Barcelona marroquí

El día 10 del corriente mes tenía-se preparada una manifestación popular contra la apatía del Ayuntamiento en materia de higiene.

Una solemne procesión de rogativas el domingo anterior recorrió las calles de Barcelona para impetrar la Virgen de las Mercedes la pronta extinción de la epidemia reinante, que tan consternado tiene al pacífico vecindario de la populosa urbe.

Mucho habría que decir de esta algarada procesional. La descripción en *Las Noticias*, que tengo á la vista, es larga: su crítica sería no más corta.

Algunas notas bastarán para dar idea de ella.

A las ocho y media, apareció á la puerta del templo y bajo palio la radiante imagen de la Virgen de las Mercedes con su hijo, vistiendo el rico traje de la familia Sicars, llevando las dos imágenes las valiosas coronas de la fecha de la coronación y luciendo la Virgen en el pecho el rico pectoral donativo del llorado é inolvidable obispo Urquinaona.

Esas joyas no son todas las que tiene la Virgen, sino una simple muestra. La bella Otero y la Chelito dejarían los ojos en el armario vitrínico que vale un estimable capital.

No cuentan los gacettilleros que en muchas casas de las calles recorridas por la procesión, había enfermos faltos de asistencia y de recursos para luchar con la enfermedad. El pueblo católico con su Virgen pasó junto á ellos, sin que los organizadores tratasen de convencer á la imagen de la facilidad de vender algunas joyas superfluas para satisfacer aquellas necesidades.

Si eso luciera en vida la Madre de Jesús, la murmuración de las vecinas nazarenas habría sido floja por dura que hubiera sido. El pueblo devoto no vió, sin embargo, este contrasentido.

Desfilaban los procesionistas por la calle Ancha, excepto las órdenes religiosas, clero y autoridades, que entraron en el templo para depositar á la Virgen de las Mercedes en su trono.

Al llegar la imagen, las aclamaciones y los vivos atronaron el aire, siendo aquel un momento solemne y emocionante. Durante el curso, los asistentes rezaban el Rosario y cantaban letrillas apropiadas al acto. Era la una y media cuando terminaba la procesión.

Un acto interesantísimo se registró durante la procesión, convirtiéndose en comidilla de cuantos á ella concurrieron. Al llegar el cortejo junto á la puerta del hotel donde se hospeda el ex Sultán de Ma-

rruecos Muley Hafid, se unió éste á la misma, colocándose á la parte izquierda de la bandera de Santa Eulalia, y al llegar frente á la iglesia se situó en la calle de Serra, donde presenció con gran recogimiento su raso. El vigilante de primera José González y el guardia de seguridad número 86, que le acompañaban, en nombre suyo se dirigieron á la iglesia y preguntaron por alguno de los organizadores, y en nombre de Muley Hafid entregaron un billete de 500 pesetas para que fuesen repartidas entre los enfermos tíficos de la parroquia.

Este incidente es memorable. Si Muley Hafid tiene la memoria de su raza, y la Imagen la de su propia historia, debieron cambiar entre ambos estas ó parecidas impresiones:

En el siglo XIII fundó en Barcelona la orden de la Merced, Pedro Nolasco, para la redención de cautivos moros.

Millares de cautivos de los antiguos sultanes, en su cautiverio amasaban las invocaciones á la Virgen con las maldiciones al Sultán.

Pasaron los tiempos y ahora es el Sultán el cautivo de los Mercedarios.

A los pies de la imagen Muley-Hafid hizo ofrenda de sus 500 pesetas como antaño los cautivos ofrecían el exvoto por su redención.

¡Cómo cambian los tiempos!

El catolicismo barcelonés dió este soberbio espectáculo de inducir al pueblo á pedir del cielo el remedio del tífus, ostentando su poder con el paseo triunfal de la estatua llena de joyas.

Pues bien; esta farsa, esta manifestación de obscurantismo, agresiva á la dignidad nacional, fué secundada por las autoridades y protegida por un piquete de tropa, además de la profusa distribución de policía por el trayecto que habíade recorrer; y la otra, manifestación, organizada y compuesta por las entidades mercantiles, económicas, científicas, etc., y además de las familias de las infinitas víctimas de la epidemia, al efecto invitadas, para protestar de la desastrosa gestión municipal y gubernativa en materia de higiene, ha sido denegada y disueltos los manifestantes, y los que no lo eran, á estacazo y sablazo limpio, á troche y moche, por la policía y la Guardia civil, previamente distribuída, sable en mano, por los puntos extratéuticos, dispuestos á entrar en acción.

Esta conducta de las autoridades no puede ser más expresiva. «Absolvamos—viene á decir—á los funcionarios culpables de la peste, y culpemos de us estrago al cielo. Vaya allá el pueblo á pedir responsabilidades y alivio.»

Por esto, sin duda, el ex-Sultán

debió decidirse á tomar parte en la fiesta. Así obran también sus moritos.

La semana de guerra

Todo sigue casi lo mismo que la pasada. Unos cuantos millares más de muertos y heridos y otras cuantas poblaciones arrasadas.

Para dar una idea de la ferocidad con que se lucha, nada como reproducir las impresiones de un periodista-soldado, francés, publicadas el día 13 en la prensa de París:

«La batalla que se sigue librando en Flandes ha alcanzado proporciones de inaudita violencia.

Desde que empezó la guerra no ha habido una lucha más encarnizada que ésta.

Las batallas del Aisne, del Sambre y del Marne son juegos de niños comparadas con la que se está librando en Flandes desde el 20 de Octubre.

Un redactor de *La Liberté*, que es soldado de Infantería, y que pertenece á una brigada francesa que pelea en torno de Ipres, ha enviado á su periódico unas notas escritas con lápiz, que contienen detalles interesantísimos.

Helas aquí:

«Creo firmemente que no ha habido en la Historia nada parecido á lo que estoy presenciando.

Mi brigada, que ocupa un frente de cuatro kilómetros al Norte de Ipres, ha tenido que soportar tres días con sus noches un ataque verdaderamente formidable del enemigo.

Los alemanes querían pasar á toda costa, y nosotros teníamos orden de resistir hasta el último momento.

A sus ofensivas arrolladoras respondíamos con contraataques muy vigorosos.

Ha habido trinchera que en el transcurso de un día ha sido perdida y tomada siete veces.

Durante cuarenta horas seguidas hemos combatido nie á nie, sin un momento de reposo, sin dormir, naturalmente, y casi sin comer ni beber.

De vez en cuando, sin soltar el fusil, mordía un trozo de galleta ó bebía en mi bidón un trago de agua caliente y poco limpia.

Nunca pude creer que la resistencia humana llegara á tanto.

Los alemanes han demostrado una obstinación casi increíble.

Nada les importaba perder los hombres á millares.

Uno de sus regimientos avanzó en columnas contra nosotros, precedido de su bandera.

Tocaba la música, y oficiales y

soldados cantaban el himno «Alemania sobre todo».

Llegaron á 200 metros aquellos valientes, y fueron barridos por las balas y la metralla.

Retrocedieron, formáronse de nuevo y volvieron á avanzar.

No corrían. Avanzaban á paso gimnástico, en filas espesas y profundas.

Llegaron á 100 metros y fueron nuevamente destrozados.

Retrocedieron otra vez, volvieron á formarse y avanzaron de nuevo, constituyendo una columna mucho más pequeña.

Pisando sus muertos y sus heridos y cantando siempre, adelantáronse hasta llegar á 20 metros de nuestras filas, pero no pudieron llegar hasta nosotros.

El fuego era tan horrible, que el regimiento quedó por completo aniquilado.

Sólo algunos heridos, arrastrándose, lograron llegar hasta las filas alemanas.

En menos de dos horas habían caído en un pequeño espacio de terreno más de tres mil soldados alemanes.

Imposible describir aquel infierno, donde parecía que íbamos á volvernos todos locos.

Soldados y oficiales teníamos los rostros desencajados, los ojos fuera de las órbitas.

Era tan espantoso el ruido del cañoneo que, aun estando muy cerca unos de otros, no nos oíamos.

Después del combate que acabo de relatar, mi batallón fué enviado á Ipres.

Encontramos esta ciudad ardiendo por los cuatro costados.

Los alemanes la cañoneaban hacía cuatro días con sus cuatro noches, con tres grupos de baterías. Una de éstas lanzaba proyectiles incendiarios.

Uno de dichos grupos de baterías estaba instalado en Poelcapelle; otro, dotado de cañones de 24 centímetros, estaba más allá de Zonnebeke, y un tercero, que debía tener piezas enormes, hacía el Sur.

Los proyectiles lanzados por este último grupo de baterías abrían en el suelo agujeros de cinco metros de ancho y dos á cuatro de profundidad.

Llegaban á una velocidad de 300 á 400 metros por segundo.

La casa donde caía uno de estos proyectiles era abierta en dos pedazos y no tardaba en hundirse por completo.

Algunas veces la casa quedaba cortada como por un cuchillo. La mitad quedaba en pie y la otra mitad se derrumbaba.

Recuerdo que en la calle de Santiago de Ipres, había una ambulancia Inglesa.

Habían sido desenganchados los doce caballos que llevaba la misma.

Llegó uno de los proyectiles cuyos efectos estoy describiendo y el personal de la ambulancia echó á correr, procurando ponerse en salvo.

El proyectil estalló, destrozando toda la ambulancia y matando á los doce caballos.

De noche el bombardeo es menos violento; pero de día adquiere proporciones extraordinarias.

Lo más temible de todo son los proyectiles incendiarios, de los cuales he contado 60 en media hora.

Menos mal que algunos no estallaban. Llegaban silbando y se hundían en la tierra; pero allí donde estallaba alguno se producía inmediatamente un incendio.

El último día que estube en Ipres cesaron de caer proyectiles incendiarios á las cuatro de la tarde.

Sin duda á la batería se le habían agotado las municiones.

Ultimamente, el esfuerzo de los alemanes se dirige sobre Armentières, y más especialmente hacia el Norte de dicha ciudad.

Hay fuerzas inglesas entre Ipres y Wyttschaete y tropas francesas entre este último punto y Armentières.

El fuego de artillería en toda la región es aterrador.

Las bombas y granadas caen como espeso granizo, y si no fuese por las trincheras, no quedaría nadie vivo.

Me han dicho que la pelea es también muy violenta en la región al Este de Bethune.

Allí hay muchos batallones ingleses, que oponen una resistencia desesperada al avance de los alemanes.

Estos bombardean día y noche la línea enemiga, y en uno de los avances de la Infantería llegaron á 25 metros de aquélla pero fueron rechazados.

Leídos esos horrores, sólo se ocurre exclamar:

Los que dicen que Dios formó al hombre á su imagen y semejanza, deberían meditar lo que dicen.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

POR

José Nakens

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

EL MOTIN



EUROPA.—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Sálvame de esas aves carniceras!

JESUS.—Busca ¡desgraciada! tu salvación por otro camino. Yo no tengo influencia sobre ellas. No me conocen.

ALEMANIA Y SAN IGNACIO

Pintura de la Alemania religiosa y política, hecha por el secretario de San Ignacio, Rivadeneira, en la *Vida* de su fundador, dividida en varios cuadros para ilustración de los clericales germano-jesuitantes españoles.

CUADRO I

EL DIOS OFICIAL DEL IMPERIO,
ES EL ANTICRISTO

«Las Religiones de caballería y militares envió Dios á su Iglesia, al tiempo que por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester defenderla con las armas en las manos; y lo mismo habemos de entender de las demás Religiones sagradas, y particularmente de la Compañía. Por que habiendo el miserable y desventurado Martín Lutero (siendo fraile) dejado los hábitos de su Religión, y con ellos la vergüenza y temor de Dios, y casó lose incestuosa y sacrilegamente con una monja, y hecho dello pública fiesta y regocijo, comenzó á alzar bandera, tocar cajas y hacer gente contra la Iglesia católica. Acudieron luego á él los hombres profanos, desalmados y perdidos, amigos de sí mismos, soberbios, altivos y deseosos de novedades; y entre ellos un buen número de poetas livianos, de oradores maldicientes, de gramáticos presuntuosos y temerarios; los cuales dieron en escribir canciones, versos, rimas y comedias, alabando lo que decía y hacía su maestro y capitán Lutero, y burlándose de las tradiciones apostólicas y ritos, ceremonias y personas eclesiásticas. Tras estos se siguió una maldad de clérigos y apóstatas; los cuales, no pudiendo, por la flaqueza de sus ojos, sufrir la claridad de las santas Religiones en que vivían, por revolcarse más libremente en el cieno de sus torpezas y vicios se salieron dellas; y para dar muestra de lo que eran y pretendían, se casaron públicamente con mujercillas, y muchos dellos con vírgenes y monjas consagradas á Dios; y esto, con tan espantosa y abominable desvergüenza y diabólico sacrilegio, que en las bodas de algunos dellos compusieron y cantaron alguna misa (si tal nombre merece tan infernal desatino) llena de increíbles abominaciones y horribles blasfemias; en la cual, le alababan y le llamaban santo y alumbrado de Dios porque se casaba, y exhortaba á hacer lo mismo á los demás sacerdotes por mofa y risa de los sacrosantos misterios de la misa. Que esto es propio de los hereges ser muy detestables en sus maldades, y más en el modo y circunstancias con que las cometen.

Estos, pues, comenzaron á pregonar libertad á los hombres, para hacerlos esclavos del pecado, y á predicar á Cristo crucificado en la voz, y en hecho de verdad al anticristo. Y como el mundo estaba tan dispuesto y tan aparejado para recibir esta doctrina, por las maldades que reinaban en él, mucha gente baldía é inorante, torpe y ciega con sus pasiones y victos, se dejó engañar y la abrazó y siguió, y enseñó á los demás.

CUADRO II

LOS POLÍTICOS LUTERANOS
Y SUS MUJERES

Entre esta gente hubo muchos oficiales y hombres viles y desorejados y castigados por ladrones, facinerosos é infames por justicia, en fin, la escoria y horrura de toda la república; los cuales se hicieron predicadores deste nuevo Evangelio, que siendo tal no podía tener otros predicadores, sino tales como ellos. Y aun en algunas partes hubo mujercillas livianas, atrevidas y parleras, que olvidadas de la vergüenza y modestia que es tan propia y conatural á las mujeres, y de lo que manda el apóstol san Pablo que la mujer calle en la Iglesia y aprenda en su casa con silencio, se subieron en los pulpitos de las iglesias, y predicaron, y aun quisieron disputar con los doctores teólogos, y defender conclusiones de sus locuras y devaneos.

CUADRO III

LOS PRÍNCIPES, AMBICIOSOS, LADRONES Y ODIOSOS

Fué cundiendo esta pestilencia más, y tomando nuevas fuerzas este incendio de Babilonia con los vientos y favores de príncipes poderosos que le acrecentaron; los cuales, ó por su ambición y estío, ó por codicia de los intereses grandes que esperaban de los bienes eclesiásticos con la mudanza de religión, ó por enemistades y otras particulares pasiones, favorecieron y dieron calor á las insolencias y desatinos destos predicadores, sirviéndose de su falsa religión por capa y escudo de sus desordenados apetitos y pretensiones; y el Señor que quería castigar nuestros innumerables y enormes pecados, con dejarnos caer en otros mayores, y en uno de los mayores de todos, que es el de la herejía, permitió que hubiese guerras y disensiones entre los príncipes cristianos, que son las que fomentan y atizan las herejías; y que los pastores durmiesen, y los perros no ladrasen y los lobos hiciesen la riza y estrago que vemos en el ganado de Jesucristo, y que se siguiesen los gravísimos é irreparables daños que se han seguido en la república cristiana; porque no podían seguirse de

la predicación y nueva doctrina de tales predicadores y maestros, otros frutos y efectos, sino los que se han seguido. Algunos de los cuales contaré yo aquí: porque contarlos todos sería imposible, siendo como son infinitos.

CUADRO IV

LA RELIGIÓN DE SATANÁS CANONIZADA POR LOS CLERICALES DEL SIGLO XX

Lo primero, han resucitado de allá del infierno, donde estaban sepultadas, casi todas las herejías y errores que desde el principio del santo Evangelio hasta ahora ha habido en la iglesia de Dios. Apenas en todos los siglos pasados ha habido desatino tan loco, ni blasfemia tan horrible, ni doctrina tan impia y diabólica que no haya revivido en nuestros días por medio de Lutero y sus secuaces. Contra la Santísima Trinidad; contra la divinidad de Jesucristo; contra la persona del Espíritu Santo; contra la gloriosísima y serenísima Reina del cielo Nuestra Señora; contra los ángeles y santos, y ánimas del purgatorio; hasta en el infierno han hallado que mentir y blasfemar; no hay sacramento en la iglesia católica que no calumnien y perviertan ni ceremonia eclesiástica de que no hagan escarnio, ni tradición apostólica de que no burlen, ni escritura sagrada que, ó no nieguen, ó no destruyan con sus traslaciones, postillas y falsas interpretaciones. Pues, ¿qué diré de los sacrosantos concilios celebrados con asistencia y dirección del Espíritu Santo, y de los decretos de los sumos Pontífices, quemados en una hoguera por Lutero? ¿Qué de los libros y tratados de los sagrados Doctores, que con su doctrina y santísima vida han alumbrado y convertido al mundo? Los cuales escurecen y corrompen estos monstruos infernales por ser contrarios á su doctrina.

PEDRO RIVADENEIRA. S. J.
secretario de San Ignacio.

II

EL ANTICRISTO CANONIZADO
POR LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES

Los textos copiados no dejan lugar á duda: según ellos la religión luterana es la del Anticristo, ó sea Satanás, adorado con nombre de Cristo. Sus sacramentos son escarnios y blasfemias; sus oraciones son insultos á Dios. Los predicadores de tal doctrina son apóstatas ladrones, incestuosos, desvergonzados é impúdicos.

Así lo declaró con el Concilio de Trento, jesuítico, el jesuita Rivadeneira en el libro copiado, indulgenciado por Papas y obispos, aprobado por la Inquisición y autorizado por el Consejo del rey nuestro señor.

Pero es el caso que, habiendo llenado de hogueras, de robos y de sangre á toda Europa la Iglesia, sosteniendo que perseguía al Anticristo, he aquí que ahora resulta falso. El Dios de Lutero es el mismo Dios católico.

Entre los mil testimonios palpitantes, véase una hojita piadosa que con título de *Mariposas* reparten los obispos españoles, en la cual se hace este encomio de la religión del Kaiser:

«EL EMPERADOR DE ALEMANIA.— Al visitar el emperador de Alemania á los benedictinos de Bewión, y al recordar el magnífico crucifijo de plata de dos metros de altura que tiempos atrás les envió, dijo:

«Al donar el crucifijo á los monjes de este monasterio, he obedecido á mis convicciones íntimas de cristiano. Desde los tiempos en que el orden monárquico estableció en Europa, saliendo del caos de las pasiones del feudalismo, los tronos de los reyes cristianos han sido sostenidos y sostenidos por Jesucristo. Por eso yo odio á los enemigos de la cristiandad y procuro, en la medida de mis fuerzas, que el pueblo sea creyente. En los cuarteles, los soldados de Alemania rezan una vez al día, por lo menos. Es imposible ser buen soldado sin creer en Dios. La base del orden se fundamenta en la creencia, y los reves debemos fomentar ésta para que la sociedad no caiga en la anarquía.»

Hasta aquí Guillermo II; la hojita termina añadiendo por su cuenta:

«¡Con qué compasiva sonrisa se habrán enterado nuestros anticlericales de este discurso del kaiser! Con la misma sonrisa despectiva con que los ratones del cuento contemplaban al león. Veránderamente es cosa tristísima que hayamos de recibir lecciones de Religión del emperador de Alemania. ¡Que deshonor! ¡Que vergüenza!»

Cierto: ¡qué vergüenza!

Jesucristo que, según ese papel «ha sostenido los tronos de los príncipes cristianos», ha dejado derrumbar los tronos de Francia, de Portugal, de Nápoles, de Bélgica, de Polonia, de Bohemia y de Irlanda. Ha destronado en América á todos los monarcas.

No quedan más reyes católicos que el de Austria y de España, y ambos tronos tan debilitados en el corazón de sus pueblos, que se están bamboleando á cada paso: y tan deleznales en la vida internacional, que se han puesto bajo la tutela de soberanos anticatólicos.

Sin embargo. Jesucristo—al decir del Kaiser según el papel—ha sostenido los tronos cristianos: de lo cual se sigue que los derrumbados no eran cristianos. ¡Y eran los católicos!

De modo que Cristo ha salvado de la destrucción, los tronos cañoneados por las excomuniones de la Iglesia, y ha destruido los defendidos por la bendición papal...

Pues, esa religión del Kaiser, condenada por todos los concilios y papas, declarada dogmáticamente por

la Iglesia religión de Satanás, es la que enseña el Emperador á sus vasallos. La que ahora ensalzan los católicos, hasta el extremo de escribir que, por ser religión santa y agradable á Dios este bendice al pueblo interano, haciéndole cabeza de la civilización, portaestandarte de la fe, y brazo de justicia del divino enojo.

En que quedamos señores católicos: ¿la religión oficial de Alemania es la Dios ó la de Satanás?

Si es la de Dios, vosotros fuisteis brazos de Satanás durante los cuatro siglos que la perseguisteis y que blasfemasteis de su Dios llamándole Belcebú, Lucifer y Belial. Satanás inspiró vuestros concilios y encíclicas; presidió vuestras hogueras y movió vuestras lenguas. Cada condena-ción es una blasfemia; cada proceso un crimen satánico imputado á Dios. Vosotros fuisteis los Satanes hasta ahora. Vuestra Iglesia ha metido en sus dogmas. Es la Iglesia del Diablo.

Mas si es la religión de Satanás según antes dijisteis, ahora al ensalzarla, os hacéis partidarios de Satanás y huestes del Averno. Estáis juzgados por vuestra propia sentencia.

MIGUEL SERVET

(Concluirá).

Inteligentes bárbaros

Frases de M. Cambón, embajador de Francia en Inglaterra, en el banquete celebrado en Londres en honor del nuevo lord alcalde:

«Europa sufrió la invasión de los bárbaros; pero no ha visto hasta hoy la barbarie erigida en dogma, enseñada por doctores y preconizada por los intelectuales; esto es, la barbarie pedante.

Estos profesores de brutalidad han creído poderlo todo, pero no han previsto que habían de ser rechazados por la conciencia del mundo civilizado.»

Conformes.

Lo más terrible de esta guerra no es que los hombres mueran (en todas ocurrió lo mismo); sino que los tenidos por superiores aplaudan y justifiquen.

Si la intelectualidad, no es amor y justicia ¿qué es? Todo inteligente malvado es un monstruo.

Las esperanzas segadas

Tardará el mundo centenares de años en presenciar—si vuelve á presenciarlo—un esfuerzo colectivo tan unilateral y ciclópeo como el de Alemania en el sentido de la dominación.

Para las almas sin pulimiento, idólatras de las formas elementales

y pueriles de la energía, que se manifiestan en la fuerza física, es la disciplina acerada, el mortero de 42 y el modelo de botas de campaña lo que hace de Alemania una nación sin par. Para los espíritus que han logrado sofrenar á la bestia inseparable, lo pasmoso es esa unanimidad nacional, esa voluntad inflexible que escoge serenamente el camino que se encierra en un dilema: la omnipotencia ó el suicidio. Se anega el alma en desolado pesimismo cuando se piensa en las fuerzas oscuras y ciegas, más poderosas cuanto menos visibles, que así pueden ofuscar á gentes iluminadas á través de la Historia por los más claros fulgores del pensamiento y de la sensibilidad.

Estos días han relatado los informes de la guerra la intervención en los combates de Flandes de un regimiento formado totalmente por universitarios berlineses, que atacaron cantando el himno alemán hasta que fueron barridos por la metralla.

«Deutschland, Deutschland über alles.»

Químicos, biólogos, juristas en formación, gérmenes de poetas y filósofos, crisálidas de inventores anquiladas en capullo, simiente de pensadores prodigada delirantemente en la tierra que abrasa el fuego de la artillería.

¿De dónde podrá salir la Alemania futura, la que, perdida, causaría una merma irreparable en el patrimonio del mundo, si los que habrían de tallarla y esculpirla mueren absurdamente, disparando como autómatas entre visiones de fiebre? ¿Quién ha podido vendar los ojos del pueblo, cuya sed de pensamiento personificó Goethe, cuando, expirante, pedía «luz, más luz»? Nadie sino el prepotente militarismo prusiano, brazo cuya gimnasia pertinaz ha acabado por desnivelar el juego fisiológico de la nación y por causarle una visible depauperación cerebral. Da lástima leer los manifestos de la proto intelectualidad alemana y considerar la indigencia ideal que se retrata en ellos. ¿Qué ciencia, qué arte, qué cultura son esas que fían su porvenir y su justificación en cosas tan ajenas á la propia virtualidad como la organización de un ejército monstruoso? ¿Será verdad que Alemania, que es más que nunca un pueblo de técnicos, no es ya un pueblo de pensadores? ¿Será que el laboratorio administrativo en dosis excesivas ha matado el vuelo soberano de la imaginación creadora?

¿Cómo, si no, se les oculta á hombres de la talla de un Ostwald, de un Vundt ó de un Hauptmann el inmenso pecado político social de Alemania, el pecado de orgullo militar en que cayó después de 1870? Había tenido hasta entonces el cultivo

amoroso de un ejército la suprema finalidad de forjar la nación alemana, humillada impiamente. Después, tuvo para conservarlo móviles de gratitud y de prudencia. Pero, no contenta con eso, hizo del ejército el gran fetiche nacional, lo rodeó de una veneración entre ridícula y repugnante, y consintió en que los ideales colectivos de cultura, de energía interior y de perfección espiritual se desplazaran en favor de una casta despótica, semi oriental y deseosa de justificar sus honores y ventajas sociales con el espantajo de un Moloch alemán, al que viniesen á sacrificarse todas las naciones del planeta.

El «Deutschland, Deutschland über alles» ha sido la concreción de ese gigantesco y loco sueño de sesenta y siete millones de hombres. Esa canción de delirio empuja adolescentes al horror de los combates, exalta á pacíficos esposos y padres hasta el olvido del hogar lejano, galvaniza los nervios agotados y crispa en las trincheras los puños cerrados y las bocas torcidas de los muertos. Es, al mismo tiempo, un documento irrecusable para el porvenir.

«Alemania, Alemania sobre todo.» Sobre todo, sí; sobre el Derecho, sobre la Justicia, sobre cuanto hay sagrado é inmortal en el corazón del hombre.

MATIAS PEÑALBA

Equivocación de todas

Una... dos... tres... ¡Las ocho! Sí. Poco tardará en llegar Carolina. A las ocho de la tarde el trabajo.

Por si alguna duda me quedara respecto á la hora, ya están tocando á coro las monjas de ahí enfrente, y siempre coincide la entrada de las monjas en el coro con la salida de las modistas del taller.

¡Qué lástima que mi excesiva miopía no me permita adelantarme á buscarla so pena de confundirla con la primera mujer que se me ponga al paso!

La esperará aquí en el sitio convenido; en este callejón frente por frente á la puerta del convento. Por aquí tiene que pasar indudablemente.

¿Que qué hago paseando por aquí? ¿Y á usted qué le importa, buen hombre? ¿Quién es usted? ¿Con qué derecho me hace esa pregunta? ¿Que es usted el demandadero de las monjas? Como si fuese el patriarca de las Indias. Más le valiera á usted tener cuidado con el perrito de la casa para que no saliese á infringir las ordenanzas municipales humedeciendo de paso las capas de los tran-

seuntes... ¿Eh?... Sí, hombre; puede usted cerrar y acostarse sin cuidado, que no vengo á asaltar el convento ni á llevarme ninguna monja en el bolsillo. Adiós. ¡Que usted descanse!

Mas ¡calla! Allí viene Carolina. Aunque no la veo distintamente, la conozco en su modo menudito de pisar...

Sí, es ella. ¡Con qué gracia se rebaja en el mantón! Ya se acerca... Oigo el ruido de su falda al andar y el que produce al rozar en el suelo. Parece que viene de prisa. ¡Pobrecilla! ¡Le duele hacerme esperar tanto en este oscuro callejón! ¡Ya llega! ¡Carolina de mi alma! Permite que por primera vez te dé un abrazo.

—¡Insolente, libertino! —exclama una voz hombruna y ronca. —¿Sabe usted con quién trata? Pues nada menos que con el capellán mayor de las madres Concepcionistas, privilegiadas por breve especial de su santidad y enriquecidas con otros muchos privilegios... ¡Aquilino! ¡Aquilino! ¡Aquilino! Abre la puerta. En estos tiempos de libertinaje ni un sacerdote puede salir ya á la calle. No sé qué es lo que vigilan esos del orden público,

Bibliografía

LA EPOPEYA DE LOS ÁTOMOS (*Sociología vivida*) de Sebastián Gomila

Se han puesto á la venta los tomos 1.º y 2.º de esta obra, editada por la Biblioteca «Ysis» de Barcelona, conteniendo los siguientes capítulos:

1.º *Explicación. — Una ojeada. — Desarrollo del ideal socialista. — Reflejos y sombras. — Víctima eterna. — Un corolario.*

2.º *Del alma humana en los humildes. — La epopeya. — El gran error de las capas superiores. — Los paliativos del hambre. — Visiones. — Aspectos. — Psicología del socialismo.*

En breve aparecerán los tomos 3.º y 4.º comprendiendo las siguientes materias:

3.º *Una odisea. — Matices varios. — De la riqueza. — El hombre natural y el hombre artificial. — Repeticiones.*

4.º *Selección aegenerativa. — Contracción aparente. — Particiones sociales. — Teorías, sistemas y casos. — Divorcio lamentable. — Patiens quia aeternum. — La máxima jesuitica. — Derivaciones.*

Por los capítulos enumerados se puede formar idea del plan y desarrollo de esta obra, concepción verdaderamente genial del gran problema, en que se armonizan la profundidad y la amenidad, cautivando al lector é interesándole vivamente.

Inúmeros episodios de la gran epopeya de los humildes están descritos con el vigor de estilo y la coloración insuperable que Gomila da á todos sus trabajos, sir-

viendo de eje central á esta obra de altos vuelos, la interesante historia de una familia de la clase media atravesando el largo período de las transformaciones políticas sociales.

Es ciertamente, como indica el subtítulo, una *sociología vivida*, un estudio de tallado y minucioso de la realidad ambiente, que acusa un caudal de conocimientos imponderable y una penetración asombrosa.

La epopeya de los átomos que comprenderá ocho tomos de iguales dimensiones á los ya publicados, es obra que habrá de ser leída y comentada por todos cuantos se interesan por el movimiento de las ideas, así como por todos cuantos gustan del atractivo de una prosa galana, impecable, en lo cual, como decía no há mucho, un crítico excelente, es amo y señor Sebastián Gomila.

Cada tomo de *La epopeya de los átomos* de 200 y pico de páginas magníficamente impreso y con elegante cubierta á tres colores cuesta una peseta.

Al tomo I pertenece el trabajo que va á continuación.

El niño que nace y el niño que muere

La noche es lóbrega, otoño hace de las suyas. La ventisca helada es una advertencia. Para aquel á quien sobra con qué y dónde abrigarse, equivale á un simple aviso; para el que carece de ropa ó de hogar, es una amenaza horrible.

Escasos van siendo los transeuntes: empezó á lloviznar y la gente anda aprisa, los coches van á escape. Titilan los mecheros del gas, se abriellanta el arroyo...

Dan las doce.

El sonido de las campanas no es igual para todos. Esas doce badjadas, suenan en un cuartucho humilde como repique de gloria; y en suntuoso palacio como repique funeral. Allí se da gracias á Dios, y aquí hay mudas increpaciones. La miseria se regocija, y la opulencia se retuerce; la escasez se sonríe, y la abundancia llora...

El ánimo es á modo de placa sensible donde se graban las impresiones según su estado.

El que apenas tiene pan, va á ser padre; y el á quien sobran viandas va... á dejar de serlo. En el cuchitril no hay luz apenas, y en cambio todo brilla en él. Los grandes salones resplandecen, y, sin embargo, una sombra fatídica siembra el espanto.

Esa simultaneidad de lo opuesto es lo más natural del mundo. La Providencia, el destino, el acaso, la fatalidad, lo que sea dispone esos choques, ó mejor, esos contrastes. Son eternos, múltiples, ocurren á cada minuto.

Lo que hay es que no siempre la distancia permite apreciarlos.

Un niño que nace y un niño que muere, son dos notas de una sinfonía inacabable.

Dos madres que gimen, no quiere decir dos madres que se desesperan. Hay dolores que alientan y otros que matan.

En el quejido de la que da á luz, hay tonos de ventura. En el suspiro de la que ve morir al hijo de sus entrañas, todo es amargura. La una da gracias á Dios por su sufrimiento; la otra le interroga, asombrada ante lo que ella juzga crueldad...

¡Cuán distinto tocante á los dos pequeños! O, quizás, ¡qué igualdad de contraste también!

¿A cuál envidiar, al que va á ver la luz ó al que vuela al misterio?...

Apenas extinguido el eco de la última campanada, el humilde y el opulento se encuentran por la calle.

Se conocen: son el obrero y el amo.

Ambos desafían el cierzo por lo mismo: van en busca del doctor, corriendo. Aquél va porque no tiene á quien mandar, y éste, porque no quiere confiar á nadie la comisión.

El primero piensa: — «Nada poseo, pero la ciencia es bondadosa.» — El segundo murmura casi: — «¡Todo mi oro si le salva!... ¡Dios mío! ¿será cierto que la ciencia es impotente en ocasiones?»

Mientras llama en la puerta un padre, llega el otro.

Se miran en silencio.

No hay indiferencia ni rencor. Hay únicamente alguna preocupación y un puntito de egoísmo por ambas partes. El doctor es uno, y los casos son dos. ¿A quién acudirá primero?...

Escucha al uno con curiosidad y al otro con cierto pesimismo. Va, en pocos segundos, de la sonrisa al ceño obscuro.

Instintivamente, viendo que el médico se dispone á seguir al trabajador, el potentado se le encara entre suplicante y altivo... En tal momento, sí, un fulgor de odio apunta en los ojos del humilde.

Son perdonables la actitud y la mirada.

La fría ciencia es cauta y justa, porque adquirió cierta inflexibilidad salvadora. Se va con el obrero y dice finamente al potentado:

— Iré en seguida.

Otra contraposición: el rico se marcha con humildad y el pobre contiene á duras penas una chispita de orgullo.

La ancha vía rebosa gentío. Mucho movimiento, hermoso sol y grandes atractivos doquiera.

A un extremo, una comitiva modesta, pero alegre y bulliciosa, lleva á cristianar al nacido. Lo risueño va

casi entre pingajos, mas el padre no acierta á disimular el júbilo.

Por el lado opuesto viene pausadamente un entierro. Rico ataúd blanco, atestado de coronas, encierra el cuerpecito del niño que murió. El séquito es numeroso y distinguido.

Las campanas de un templo repican á gloria. Las de otro doblan á muerto.

Los dos padres se han mirado otra vez, y en sus miradas respectivas hay un mundo de encontrados pensamientos. Todas las privaciones, la miseria y las dificultades del uno, no han impedido que la pródiga Naturaleza rindiese fruto, ni todas las sumas y comodidades del otro han conseguido atajar el paso á lo inevitable...

El obrero se adelanta, movido por un nobilísimo impulso, y estrecha la mano al señor.

La distancia se borra, y, á los ojos de la conciencia, aquello equivale á un abrazo de dos almas. Sus pensamientos se han fundido en una idea común: «¡Para lo que sirve el oro!»

Siguen los distintos sonos de las campanas, y en el tropel de la vida confúndense lo mismo el bautizo que el entierro.

En la azulada bóveda continúa brillando espléndidamente el sol...

SEBASTIÁN GOMILA

Del libro *La Epopeya de los Átomos*.

Las postales humorísticas

en la línea de fuego

El *Vorwaerts* reproduce la siguiente carta del jefe de una compañía de soldados alemanes publicada por la *Kölnische Zeitung*:

«Quizá mediante la publicación de las líneas siguientes pueda usted, señor director, evitar á nuestras tropas muy desagradables impresiones. En el reparto de la correspondencia á los soldados he podido observar que reciben postales en las cuales hay caricaturas vergonzosas contra los franceses, ingleses y rusos. Es digna de notarse la impresión que estas postales hacen á nuestra gente. Casi ninguno se alegra al verlas, y, por el contrario, casi todos expresan su disgusto. Yo he visto á un hombre que, al recibir una de estas postales, se le llenaron los ojos de lágrimas. Esto se comprende, si se piensa en lo que son las batallas. Nosotros vemos lo que cuestan las victorias. Vemos la siniestra miseria del campo de batalla. Sin duda nos alegramos con la victoria; pero nuestra alegría se atenúa grandemente ante el recuerdo de los cuadros tristes que casi á diario tenemos ante nuestros ojos. Y en verdad

que nuestros enemigos no se merecen, en su mayor parte, que nadie se burle de tal modo de ellos. Si no se hubiesen batido tan valerosamente, no tendríamos que comprobar tan grandes pérdidas. Si estas postales son ya de por sí de un mal gusto completo, producen además un efecto terrible en el campo de batalla ante nuestros muertos y heridos. Las postales humorísticas en la guerra hacen el mismo efecto que haría un clown en un entierro. Ojalá estas líneas puedan contribuir á que esas postales lleguen en menor número á nuestras tropas.»

El jefe que ha escrito esa carta y el periódico que la inserta, velan más por el honor de Alemania que los catedráticos y los intelectuales que firman manifiestos en que la fatuidad va en todos sus párrafos del brazo de la mentira.

La independencia de los pueblos como garantía de la paz

El ilustre profesor Carlos Richet, gloria de la ciencia, agraciado con el premio Nobel, que tiene sus cinco hijos en el campo de batalla y uno de ellos preso y herido en Colonia, se halla actualmente en Italia, donde ha dado una importante conferencia en el Ateneo de Bolonia, acerca de «La independencia de los pueblos, como única garantía de la paz».

El doctor Richet, que ha figurado siempre como uno de los campeones más decididos de las ideas pacifistas, es sobradamente conocido en España, donde cuenta numerosos y fervientes admiradores entre los hombres de ciencia. Por esto es de interés reseñar dicha conferencia, que obtuvo un éxito clamoroso por parte del selecto público que acudió á escuchar la palabra elocuente del hombre sabio y bueno, que ha consagrado su vida entera al mejoramiento de la Humanidad.

Comenzó su discurso recordando que en los momentos en que imperaba en el mundo la barbarie, en la ciudad italiana brillaba un foco de luz que no había de extinguirse. La primera Universidad del mundo estuvo en Bolonia; la segunda, en París; la tercera, en Salamanca. «¡Italia, Francia y España!...» ¡He ahí, exclamó, la representación del mundo latino! Recordaba el noble origen de toda la civilización moderna, porque, en los presentes momentos, nuestra civilización latina se halla amenazada del mayor peligro que jamás corrió, el cual obliga á estrechar los lazos de solidaridad internacional que desde hace ocho siglos unen á dichos pueblos. Ante todo,

enfrente de los derechos del hombre, coloca los derechos de las naciones; por una especie de glorioso paralelismo, Francia, que tuvo que defender los derechos del hombre en 1792, defiende los derechos de las naciones en 1914. En 1792 combatió las viejas tradiciones despóticas, formulando el principio elemental base de nuestra civilización latina: «Un pueblo está compuesto de ciudadanos, no de súbditos.»

Pero la feudalidad tudésca, dirigida por el emperador de Austria y el rey de Prusia, no querían aceptar esta emancipación del hombre, y nuestros padres tuvieron que combatir (y triunfaron) por los derechos del hombre. En 1914, la misma feudalidad tudésca, transformada con aspectos modernos, y dirigida también por los emperadores de Austria y de Alemania, pretende someter á su voluntad las nacionalidades independientes, dominando los pueblos culpables de ser libres. De suerte que en los dos casos se trató de defender ora la libertad de los ciudadanos, ora la de los pueblos.

El orador examinó rápidamente los orígenes y la responsabilidad del presente conflicto, durante el cual, precipitadamente, sin ninguna dilación, conferencia, ni arbitraje, tanto Austria como Alemania rompieron las hostilidades, de tal suerte que la responsabilidad de la guerra, con todos sus horrores, la hará recaer la Historia sobre dichas naciones, pero especialmente sobre Alemania, que cometió la agresión más grave, inicua y abominable contra Bélgica, pueblo de cultura superior, de costumbres pacíficas, condenado á la miseria y al destierro por haber querido defender su honor. En toda la historia de la humanidad no hay nada tan doloroso, y tan glorioso al mismo tiempo, como la resistencia heroica de Bélgica. Ningún ciudadano libre podrá consentir que Bélgica sea aniquilada para siempre, debiendo todos los pueblos conscientes hallarse de acuerdo para enviar á los valientes defensores de nuestra civilización amenazada una palabra de admiración y de esperanza. Las elocuentes frases del orador provocaron vivas entusiastas á Bélgica.

El doctor Richet describió con vivos colores el método empleado por los tudescos para hacer la guerra, sembrando por todas partes el terror y la ruina. Claro es que en estas luchas se verifican verdaderas atrocidades individuales; pero los tudescos, con fría meditación, contraviendo las reglas de la guerra, y especialmente las de la humanidad, creen que al «delito individual» debe corresponder una «pena colectiva», y violando todas las leyes divinas y humanas destruyeron las

más importantes ciudades de Bélgica, como Lieja, Lovaina, Dinant, Namur, y tantas otras.

Enfrente del derecho de los ciudadanos y de las naciones, Alemania no conoce más derecho que el que procede de la fuerza. ¡Sólo la fuerza, nada más que la fuerza, siempre la fuerza! Pues bien, sea; la fuerza decidirá. Pero no seremos responsables de esa espantosa carnicería, esperando ser los más fuertes, á fin de que triunfe la justicia, pues aun cuando en la Historia no siempre la justicia triunfó, en 1914 es de esperar sea la justicia la que triunfe, toda vez que nuestros enemigos no han conseguido el triunfo deseado. En los primeros días del mes de Agosto, los tudescos pretendieron entrar en París, y á los tres meses de guerra no están, ciertamente, á las puertas de la metrópoli.

Hace consideraciones acerca de los elementos guerreros con que cuentan los aliados, y augura que vencerán, hallándose dispuestos á toda clase de sacrificios, pues aun cuando parezca paradójico, el resultado de esta guerra será la paz; pero una paz verdadera, definitiva, completa, no la incierta, en la cual se vivió durante cuarenta y cinco años, temiendo siempre la aparición de una guerra terrible. Será una paz larga y gloriosa, porque habremos suprimido el motivo de esta guerra: «La servidumbre de las nacionalidades.»

Dice que en el transcurso de su ya larga carrera defendió siempre enérgicamente el principio de la paz, sin temor á los sarcasmos y á los ultrajes, y que no se arrepiente hoy, en medio de tanto aniquilamiento, de haber trabajado por aquella santa causa. Pero, en cierto modo, reconoce haberse equivocado persiguiendo una vana ilusión, no por haber predicado la paz, sino por haberla esperado cuando había naciones que estaban en la servidumbre: cuando había rumanos, servios, polacos, alsacianos, italianos separados de su patria. Por esto se observa el horrible cuadro de servios que luchan en el ejército enemigo y alsacianos contra franceses. Si mañana Italia entrase en el conflicto, se verían italianos obligados á luchar contra su propia patria. ¡Y á esto se llama civilización en 1914!

Los tudescos protestan de haber llamado á negros, árabes é indios á la lucha, en tanto que aquéllos han podido realizar algo más infame, cual es obligar no á mercenarios, sino á jóvenes que no quieren ser tudescos, á combatir á sus propios países. He aquí por qué realizamos este supremo esfuerzo, encaminado á hacer independientes á las naciones. Si nuestros hijos sufren en esta guerra terrible, al menos habrán

asegurado la paz para nuestros nietos.

La conferencia terminó después de algunas consideraciones acerca de la neutralidad de Italia, país hacia el cual siente gran amor Francia, con brillantes períodos dedicados á desear el triunfo de la civilización latina, de la democracia verdadera, liberal, que de cada hombre hace un ciudadano y de cada pueblo una nación independiente. Terminó con un viva á los pueblos libres, siendo objeto de una ovación estruendosa, así como de varios homenajes de simpatía y admiración por parte de los elementos intelectuales y populares de Italia.

Al salir de la conferencia se verificó una grandiosa manifestación.

Caso frecuente

Ramón Gómez Fernández, de veinticuatro años, y Julio Moreno Fernández, de cuarenta y seis, ambos sin domicilio, sin trabajo y sin haber comido en tres días, entraron en una Casa de comidas de la calle de Jesús y María, número 14, y pidieron dos reales de judías y 40 céntimos de arroz, con dos panecillos: importe de todo 1'10 pesetas.

Después de comer tan opíparamente, dijeron que no tenían con qué pagar; el amo dió parte á la policía, y fueron conducidos á la cárcel atados codo con codo.

¡Y lo contentos que irían! Malo es el rancho de la Cárcel, pero no falta. Y entre morirse de hambre libre y comer encerrado, «¡qué sé yo! ¡qué sé yo!»... La libertad sin pan es un principio discutible.

En cuanto al honrado industrial. Estuvo en su derecho, no hay duda. Las casas de comidas, no se fundan para alimentar obreros sin trabajo. ¿No lo hacen los conventos, y van á hacerlo ellas?

Pero, en fin, no estaría demás que quienes tienen autoridad para ello, se diesen de cuando en cuando una vuelta por aquella casa, examinasen la bazofia que sirva, y si encontrasen algún guisote putrefacto, llevasen á la cárcel á su honrado dueño por envenenador público.

Y de este modo, si prendiendo á los dos hambrientos se cumplió la ley, encerrándolo á él se cumpliría la justicia.

Y tutti contenti.

El P. Miguel Mir

y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas
UN peseta.

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

á cundir el terrorífico miedo de que se iba á acabar el mundo y estaba la humanidad citada, llamada y emplazada por tercer pregón y edicto para comparecer al juicio final, apresuróse todo el mundo á desprenderse de los bienes de la tierra.

Campos, bosques, alhajas, casas, curiosidades, todo fué á parar á la Iglesia.

Cada cual pudo dedicarse exclusivamente á la salvación de su alma, y únicamente los pobres sacerdotes se quedaban sin tiempo para rezar por la suya; porque todo el día andaban haciendo inventarios, tomando posesión, deslindando herencias, extendiendo escrituras, y en fin, arreglándolo todo para que á lo menos al llegar el último suspiro del mundo, pudiesen morir con los ojos fijos en el balance, exclamando: ¡Señor, no hay ni un asiento equivocado!

Pasó el plazo fatal, y el mundo se encontró con que apenas quedaba ya cosa de algún valor que no estuviese en poder de la Iglesia.

Después, como el trabajo creó riqueza nueva, la Iglesia ideó y aconsejó las donaciones con reserva de usufructo.

Algunos se resistían á hacerlas para no dejar desposeída á su familia; pero la Iglesia obviaba esa dificultad, compensando á los donadores con rentas vitalicias que importaban dos y tres veces más que el usufructo.

Y los que están empeñados en atribuir codicia á la Iglesia, no reparan en asegurar que hasta falsificó donaciones.

Ya hemos hecho mención del señor D. A. Durán, que así lo dice; pero lo malo es que no lo dice él solo, sino varios, y Temancio expresa terminantemente que se falsificaron muchas cartas de donación; no muchas, sino *innumerables*, y añade: «Pocas iglesias, pocos monasterios hay, casi ninguno, que no tenga sobre sí esa mancha.»

Respetable es quien lo dice por ser un sabio y además benedictino; pero... no sé: me repugna creerlo.

Por otra parte, como otros varios dicen lo mismo...

En fin, el lector crea lo que le parezca; pero son tantos los que acusan á la Iglesia, que me parece que

por lo mismo no todos pueden tener razón.

Alguno se equivocará.

El Sr. Durán pudo tener algún fundamento para asegurar que esos fraudes piadosos solían ser fundamento de las posesiones monásticas; pero otros... ¡qué sé yo!

También puede tenerla el benedictino que acabamos de citar, cuando asegura lo mismo; nos guardaremos muy bien de desmentir á persona religiosa y tan autorizada; pero lo dicen otros chisgarabises que no merecen crédito.

Cuando San Gregorio Nacianceno dice que ya en el siglo IV había prelados que disipaban el patrimonio de los pobres en gastos superfluos, prefiriendo imitar el fausto de los príncipes á la humildad de los apóstoles, yo no pongo en duda sus palabras. Le creo.

Pero á otros que también dicen lo mismo... me cuesta trabajo darles crédito, porque pueden ser amigos apasionados de la Iglesia.

Y cuando San Jerónimo dice: «Los obispos predicán la pobreza y no viven sino entre placeres; comiten con los príncipes del siglo en magnificencia y les sobrepujan, comprando con el dinero de los pobres lo que los más ricos no se atreven á comprar, para consumirlo en sus banquetes», también creo á San Jerónimo, si bien me queda la duda y el consuelo de que quizá no todos los obispos serían tan calaveras, y y que alguno habría caritativo y humilde.

Lo mejor y más cristiano es creer que no todos malversaron el patrimonio de los pobres, por más que el monje Agobardo dijese también:

«Los obispos y los abades gastan en perros y caballos, en oficiales de sus casas y en criados, en festines escandalosos y en reuniones profanas, lo que se da á la Iglesia para alimentar á los pobres.»

Pero ¿es creíble que siempre y todos los eclesiásticos, ó siquiera la generalidad, malversasen el patrimonio de los predilectos de Jesús?

No: no es creíble.

El sexto Concilio de París deploró la conducta de los prelados que se gloriaban de lo que debía cubrirles de vergüenza, pues consideraban la dignidad episcopal solo como un medio de hacer vana ostentación de magnificencias mundanas.

San Damián insistía en censurar (con áspera severidad, dice el autor que tengo á la vista) la increíble profusión con que se gastaban los bienes de la Iglesia en los palacios de

los cardenales y los obispos, mientras gemían en la miseria los pobres, de quienes los prelados debían ser meros administradores.

San Bernardo repetía á cada paso que las dignidades eclesiásticas no eran buscadas sino para gastar sus rentas en cosas vanas y superfluas.

Algo se gastaría, no digo que no; pero si al fin pasaba un siglo y otro siglo, y la gente iba dando, y la Iglesia atesorando, me parece á mí que los cargos podían ser más suaves.

Cierto que aún en los siglos XII y XIII los clérigos no tenían reparo en quedarse para sí con el dinero que se les daba para distribuirlo en limosnas.

He dicho los clérigos, y he dicho mal. Debería haber dicho: algunos clérigos.

Pero San Bernardo levanta sobre esto su voz, indignado, y califica su conducta de despojo y sacrilegio.

Para unos pocos me parece que San Bernardo no habría escandalizado tanto.

Vamos, acaso hice bien en no decir *algunos*, sino los clérigos.

En el siglo XII, la buena avenencia en el pleito sobre los bienes alodiales de la princesa Matilde, se estableció adjudicándoselos á Lotario, como feudos de la Iglesia, y después de él al duque de Baviera, mediante el censo anual de cien marcos de plata para el Pontífice.

Pesado es repetirlo; mas para que se vea que al lado del celo de la Iglesia por la salvación de las almas hubo siempre excepciones, debo recordar que lo que se decía en los siglos XII y XIII se repitió en el XIV, cuando Clemangis gritaba: «Los obispos pasan el día cazando, jugando y entretenidos en festines, y la noche en los brazos de malas mujeres. Los canónigos no piensan más que en su vientre, como los cerdos de Epicuro. Todos los que tienen repugnancia al trabajo se hacen tonsurar y se sumergen en seguida en la orgía y la crápula.»

Ya digo yo... esas cosas no las creo sino cuando las dice persona autorizada.

Luego hay hombres á quienes todo les parece mucho, y otros á quienes todo les parece poco.

Cada cual ve las cosas bajo su punto de vista.

San Crisóstomo, y San Agustín, y San Jerónimo, eran de parecer que los sacerdotes, aunque fuesen obispos, no tuviesen más que lo estrictamente necesario.

Hoy se quejan todavía algunos de que los obispos vivan en palacios, y

tengan criados y pajes, y sueldos de capitanes generales, y se adornen con ricas telas y piedras preciosas, y paseen en coche.

Y entre esas dos épocas nos encontramos con que en el siglo XII, muy al principio, el Concilio de León opinó que el lujo de los preladados era excesivo; pero ¿por ventura se propuso reducir á éstos á una vida miserable?

No. Adoptó prudentemente un término medio, que es lo más sensato; y decretó que los arzobispos en sus visitas diocesanas no llevasen más que cuarenta ó cincuenta caballos; los cardenales, en sus visitas, veinticinco; los obispos, veinte ó treinta; los archidiaconos, siete, y los deanes y sus inferiores, dos.

Esto no era despilfarro, en proporción de lo que habían gastado antes, y tampoco era una mezquindad reprochable; porque, como decía muy bien el clero, según el dinero que existe en poder de la Iglesia, los pobres hoy día tienen un caudal enorme, y nosotros, que se lo administramos y aumentamos de día en día, ¿tenemos que privarnos de lo estrictamente necesario?

Y... ya digo, quedó reducido el acompañamiento de un arzobispo á cuarenta ó cincuenta caballos.

..

Además, algunos no se hacen cargo de que el clérigo tenía que mantener á sus hijos, so pena de ser padre sin entrañas.

..

¡Oh peseta! ¡Oh duro! ¡Oh doblón, que hoy día apenas servís más que para necesidades de la miserable razón, de la impotente ciencia humana!

En otros tiempos érais empleados en sagradas lamparas, en devotos incensarios, en piadosos mármoles, en lo divino, nada más que en lo divino.

La rica trucha que cenaba el abad, el sabroso salchichón, la esbelta anguila, el pastel de monumental arquitectura, que eran ornato de la mesa cardenalicia y sustento de consagrados abdómenes, se divinizaban al ser asimilados al sér eclesiástico por medio de las ortodoxas digestiones!

..

En muchos lugares, sobre todo en aquellos más piadosos, las voces clérigo y rico eran sinónimas.

Así decía el romance asturiano:
*que non habia rapaz
que ño abaraiás dineru
mas q'agora un capellan.*

..

Si, como hemos visto antes, se complacían los reyes en levantar y dotar templos, el pueblo casi siem-

pre se lo agradecía, y trasmitía la noticia de viva voz (porque estaba libre de la pestífera imprenta) á las generaciones futuras.

Y de oídas nada más se fué trasmitiendo el romance de D. Alfonso el Casto, que, entre otros templos y capillas, levantó el de San Salvador, en Oviedo, para lo cual tenía

muy gran valor allegado de muchas piedras preciosas, á qu'él era aficionado.

Y en cuanto se hacía el templo tomó en sí muy gran cuidado de hacer una cruz de oro, que así lo tenía pensado, y de engastonar en ella, como lo tenía acordado, de aquellas piedras preciosas que para ello había guardado.

..

Y entonces y después, y antes y siempre, cuando en parte alguna había dinero, en la Iglesia lo había.

En el siglo XVII, en tiempo del grande y prudente y piadoso Felipe II, cuando la miseria general era causa de que se cerrasen las fábricas y se perdiese la famosa industria de labrar lanas en España; cuando aquel rey, á pesar de su religiosidad, veía despoblarse el reino y quedar cerradas y deshabitadas la mayor parte de las casas, y se vió en la apretada situación de tener que incautarse de las alhajas, de las iglesias y aun de los particulares, aun entonces el no menos piadoso arzobispo de Toledo dejaba al morir una herencia de más de un millón de escudos.

..

Por cierto que el cardenal dejó en su testamento que aquel dinero se emplease en socorrer á los pobres; pero el rey Felipe se lo guardó para sí, y aunque el Papa le negó permiso para hacerlo, el rey, ó lo entendió mal, ó no le comprendió bien, y se quedó religiosamente con el dinero.

En mi concepto, el religioso Felipe se hizo el siguiente silogismo:

El cardenal ha dejado el dinero para los pobres.

El más pobre de mis reinos soy yo.

Ergo...

En cambio, durante su reinado se levantaron diez y siete conventos en Madrid.

Item más: hizo El Escorial.

..

La gente ya sabía en aquella época, que así como el imán atrae el acero, la Iglesia atraía el oro.

Y no sólo lo sabía, sino que á veces temía la fuerza de esa atracción.

Pruébalo el que ya en tiempos del Emperador Carlos V, glorioso padre de Felipe, allá por los años

de 1523, las Cortes del reino, aquellas Cortes tan sesudas, á veces, habían dicho al emperador:

«Otrosí que según lo que compran las iglesias y monasterios, donaciones y mandas que se les hacen, en pocos años podrá ser suya la más hazienda del Reino, suplican á V. M. que se dé orden, y si menester fuere se suplique á nuestro muy sancto padre, como las haziendas y patrimonios y bienes rayzes no se enagenen á yglesias ni á monasterios, y que ninguno no se las pueda vender: y si por título lucrativo las hubieran que se les ponga término en que las vendan á legos y seglares.»

Tiranía enorme, que afortunadamente no llegó á consumarse.

..

Es decir, el emperador contestó á las Cortes:

«A esto vos respondemos que se haga assí, y mandamos que para ello se den las provisiones que fueren menester.»

Pero su piadoso hijo no cumplió tan desatentado mandato, y horrorizado de privar de adquirir y poseer á la Iglesia, escamoteó la referida disposición de su papá en las leyes recopiladas, y eligiendo como prudente un término medio, prefirió echar mano de las alhajas de los templos y del dinero del cardenal, que le aliviaron en sus necesidades; pues si en los grandes apuros que tenía, la Iglesia se hubiese encontrado sin joyas y el cardenal sin dinero, ¿de dónde lo había de sacar él?

..

Así es que cuando se dice (como sucede hace tiempo) que la Iglesia está empobrecida, más que en absoluto, debe entenderse esta expresión relativamente á lo que la Iglesia había poseído.

No eran nada bonancibles los años que precedieron á la supresión del diezmo.

Sin embargo, cuando se tomó esa medida, el seminario conciliar del Burgo de Osma, por ejemplo, poseía las rentas siguientes: 107 fanegas de trigo; 2.600 rs. de préstamos y beneficios agregados; 55.000 rs. de pensión sobre la mitra, y 6.000 rs. procedentes de fincas y censos.

Y todo por el estilo.

..

Pueblos enteros había que estaban faltos de leña y agua para beber, y en este concepto, mucho era lo que cobraba el seminario; pero es lo que decía yo antes: ¿qué valía todo ello comparado con lo de los tiempos de verdadera piedad?

(Concluirá.)

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7.—MADRID.